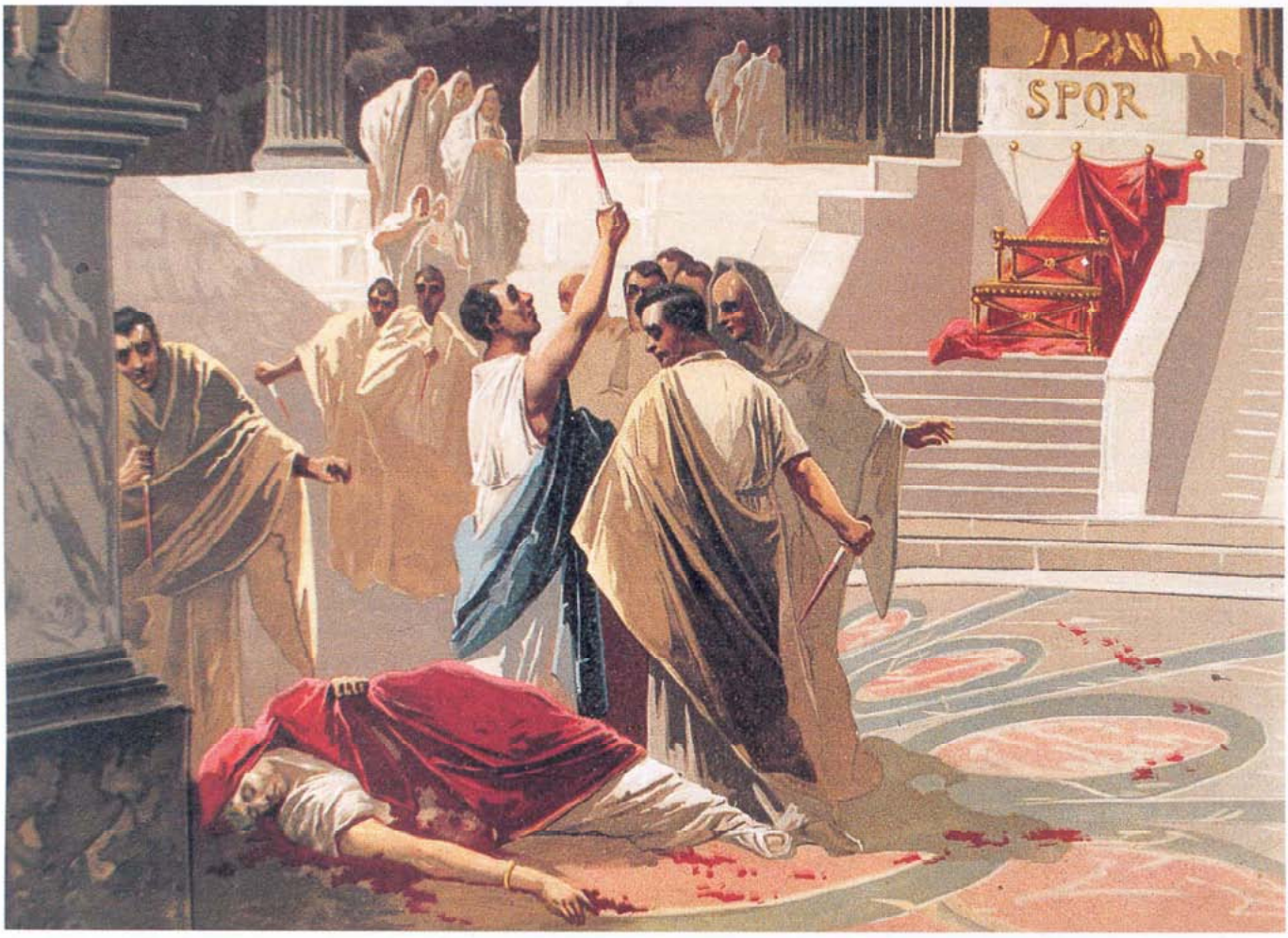


Asesinato de Julio César, según una litografía de finales del siglo XIX que ilustraba la *Historia de Europa*, de Emilio Castelar.

El asesinato de Julio César

César organizó su propio asesinato, asegura la última investigación hecha por un forense italiano. Dos especialistas españoles reconstruyen el magnicidio y rebaten la nueva teoría

Cuando César cayó, abatido por veintitrés puñaladas, a los pies de la estatua de Pompeyo, se cumplieron sus propios designios. César había preparado su propia muerte, eligiendo la fecha: la mañana de los *idus de marzo* del año 44 a.C.; el momento: una sesión del Senado; y el lugar: la Curia de Pompeyo.

Esa es la novedosa teoría del coronel Luciano Garofano, un experto forense italiano, jefe del centro de investigación forense de los Carabinieri de Parma, especializado en clanes mafiosos. Garofano, tras revisar concienzudamente todos los informes trasmitidos por los clásicos y, a la luz del comportamiento del dictador durante los días previos al asesinato, concluye que César conocía la conspiración urdida contra él y que no hizo nada por detenerla. Es más, supone que de alguna manera él mismo preparó su muerte, al deshacerse de los guardaespaldas que debían protegerle y al ignorar las advertencias del peligro que corría, acudiendo ese día a la curia sin protección alguna.

La investigación le fue encargada por una productora británica de televisión, Atlantics Productions Ltd., para un documental de cuyo contenido se hizo eco el londinense *The Sunday Time Magazine*. Después de haber leído cien versiones reiterativas sobre el asesinato de César, la teoría del forense italiano sobre ese *suicidio asistido* es, al menos, curiosa. Según Garofano, César era ya un anciano de 54 años, gravemente enfermo de epilepsia. Con su muerte pretendía asegurarse que su hijo adoptivo, Octaviano, recibiera la herencia sin contratiempos, despejándole el camino de enemigos políticos, pues estaba convencido de que sus asesinos –los mismos personajes que se opondrían a Octaviano– serían castigados inmisericordemente por Roma. Con todo ello, pretendería asegurar la supervivencia de su dinastía. Garofano busca una explicación del magnicidio en clave de clanes mafiosos: César habría actuado ante las dificultades igual que lo haría un capo mafioso, capaz de autosacrificarse para salvar a la familia y sus negocios.

Esta versión, tan novedosa como atractiva, no está, sin embargo, plenamente de acuerdo con las noticias que trasmi-

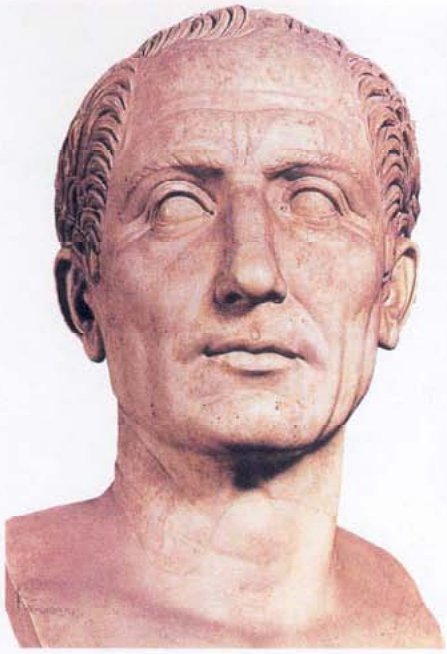
te la mayoría de las fuentes antiguas, ni con la interpretación histórica del magnicidio. Suetonio, Plutarco, Nicolás Damasceno, Apiano, Dión Casio, Veleyo Patérculo, Floro, Cicerón, Valerio Máximo, Eutropio, Orosio y Zonaras, entre otros, con mayor o menor simpatía hacia el personaje, coinciden casi unánimemente a la hora de explicar las causas de la conjura contra Julio César.

Roma, descontenta

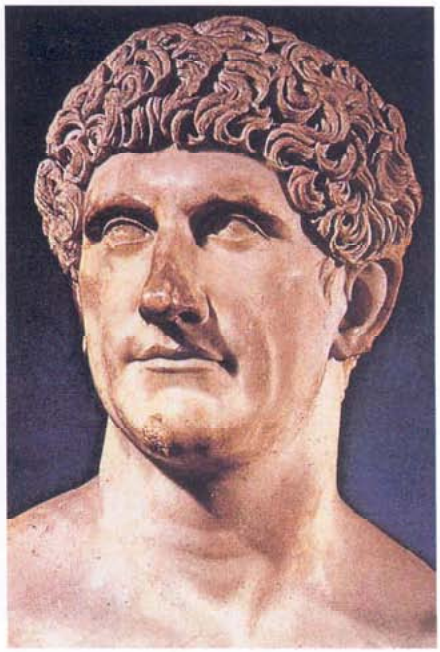
Todos ellos hablan de un clima de creciente descontento, e incluso de impopularidad, que se fue fraguando en contra César durante el último año de su vida; pero las conspiraciones habían comenzado antes. Algunas de ellas surgieron dentro de su propio partido y estuvieron encabezadas por hombres de su confianza, envidiosos del ascenso y los favores que el dictador había prodigado a otros personajes de su entorno, como Cornelio Dolabella, Marco Antonio, el hispano Cornelio Balbo, Cayo Opio, Mamurra y Vedio Pollión.

Algunas de las últimas actuaciones de César tampoco habían sido bien aceptadas, como la llegada a Roma de la reina egipcia Cleopatra, con la que tenía un hijo, Cesarión. A los romanos les molestaba que el dictador alojara a su amante en la villa que tenía al otro lado del Tíber, pretextando que estaba allí en calidad de rehén del pueblo romano.

Ese clima de descontento, rivalidades, maledicencias y envidias debió propiciar numerosas conjuras más o menos serias, al punto de que César estaba harto del asunto y ya había desbaratado varias. El asunto era tan notorio que ya Cicerón había denunciado ante el Senado (46a.C.) la posibilidad de que se atentase contra el dictador. Tras el *cesaricidio*, Cicerón volvió sobre el asunto y, en la segunda de sus *Filípicas*, acusó a Marco Antonio de haber estado involucrado en la conspiración planeada por Trebonio en la Galia Narbonense, durante el verano de 45 a.C. Y algo de cierto debía haber en ello, según se desprende del comportamiento de César respecto a Marco Antonio, otrora su brazo derecho, al que olvidó por completo en su testamento, del que los beneficiarios fueron su hijo adoptivo Octaviano, Marco Bruto –uno de los conspiradores y, probablemente, hijo carnal de César, según se decía en Roma– y el pueblo romano. Además, en aquel verano de 45 a.C., Marco Antonio había perdido el favor de César, que le apartó del mando militar –impidiéndole participar en las campañas de África e Hispania– y le acusó de haberse apoderado de los bienes de Pompeyo.



Busto de Julio César. Durante su último año de vida se fraguó un **clima de descontento.**



Marco Antonio. Cicerón le acusó de conspirar contra César desde la Galia Narbonense.

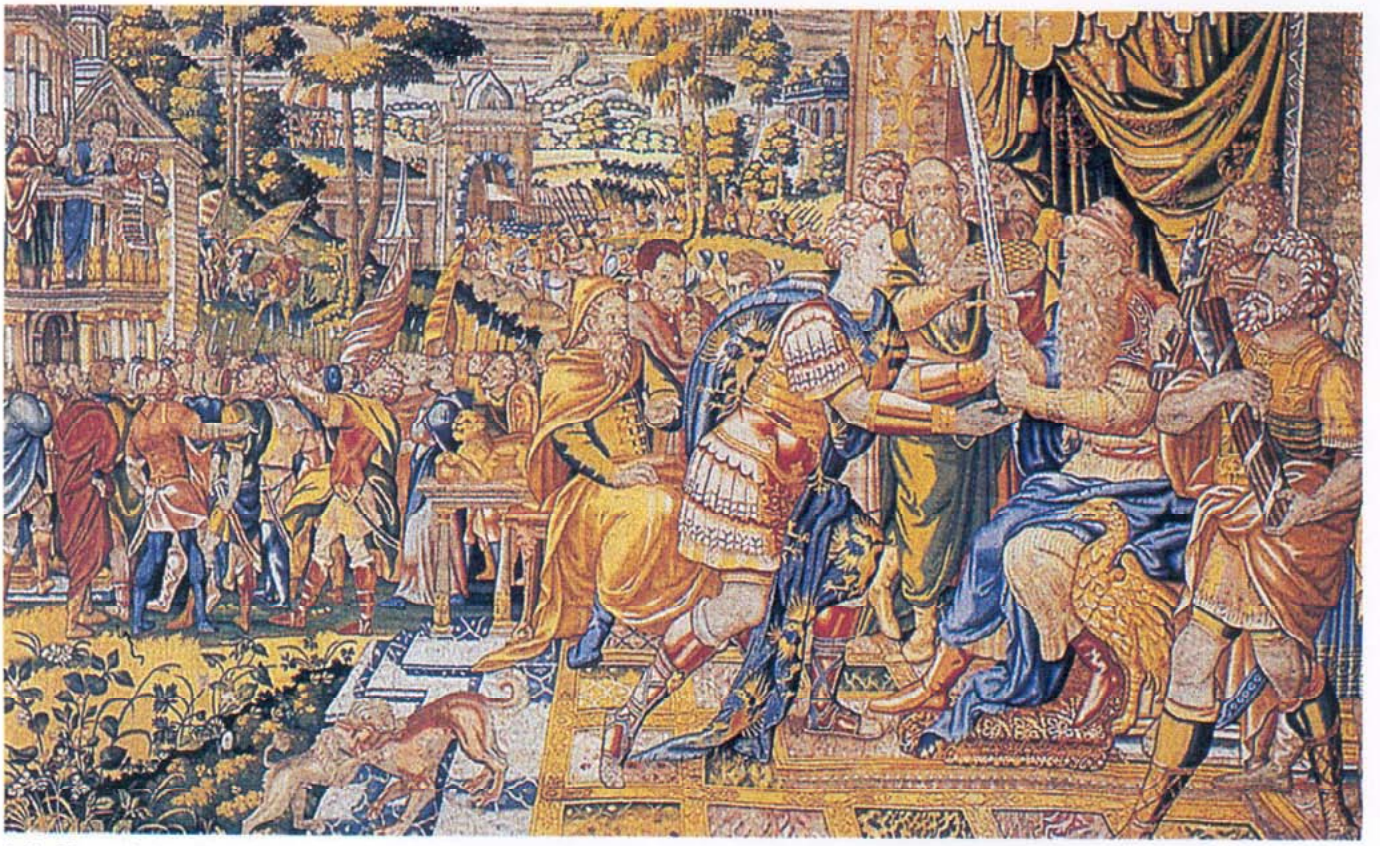
Intereses y envidia

En la conspiración del año 44 a.C., tomaron parte tanto enemigos acérrimos como antiguos colaboradores de César, celosos del medro que otros habían conseguido a la sombra del dictador. Por tanto, fue, por un lado, una trama urdida por los antiguos *optimates* –defensores de la aristocracia y de los privilegios del Senado, que tradicionalmente han sido representados como defensores del sistema constitucional republicano– entre los que primaban intereses tales como la consecución del poder y la recuperación de privilegios perdidos. Junto a éstos, manejaron el puñal los otrora partidarios de César, irritados por no haber recibido cuanto creían merecer y envidiosos de lo que otros habían obtenido.

Este clima queda perfectamente reflejado en los relatos antiguos sobre la preparación del magnicidio. En la base de la conjura estaba el poder –tiránico, según muchos–, que había alcanzado César. Recuérdese que había acaparado las máximas responsabilidades políticas: cónsul en 48 a.C., dictador en 47, cónsul y dictador desde 46 y dictador perpetuo en 44. Para muchos, la dictadura perpetua era el primer paso efectivo de César hacia el restablecimiento de la monarquía.

> Algunas de las últimas actuaciones de César fueron mal aceptadas, como la llegada a Roma de Cleopatra, con la que tenía un hijo, Cesarión

El presunto interés de César por proclamarse rey se justificaría por una serie de acontecimientos fortuitos o banales que tuvieron lugar durante los últimos meses de su vida. En una ocasión fue colocada sobre la cabeza de una estatua del dictador una corona adornada con cintas blancas, algo que retiraron inmediatamente los tribunos. Otra vez, regresando de Alba a Roma, fue saludado por algunos ciudadanos con el nombre de rey y él, supuestamente irritado, les gritó: "No soy rey, sino César". En otra ocasión similar, los tribunos metieron en la cárcel a los que le habían aclamado como rey y César logró que aquéllos fueran destituidos, alegando que se habían excedido.



Julio César adopta a Octavio. Tapiz de la serie *Historia del Emperador Octavio*, siglo XVI (Madrid, Patrimonio Nacional).

Para muchos aristócratas romanos, fue escandaloso lo sucedido en la fiesta de las Lupercalia, que se celebraban cada 15 de febrero. Marco Antonio, olvidando su dignidad consular, ofreció repetidamente la corona real a César, que la rechazó tajantemente, diciendo que se la ofrecieran a Júpiter en el templo que tenía en el Capitolio.

En el mismo sentido actuaban los preparativos de la expedición contra los partos, pues alguien hizo circular por Roma una vieja profecía, recogida en los libros sibilinos, según la cual los partos sólo se convertirían definitivamente en súbditos romanos cuando fueran conquistados por un rey.

Muchos culpaban a Cleopatra de las pretendidas veleidades monárquicas de César, pues el dictador pretendería emular la realeza de su amante. Eso daba credibilidd a otro infundio, según el cual, César, harto de las conjuras que se tramaban en contra él en Roma, pretendía trasladar su gobierno a Alejandría –la capital del sometido reino ptolemaico de Cleopatra– con todos sus órganos económicos y administrativos.

Todo ello favoreció que los distintos grupos de conspiradores se pusieran de acuerdo a partir de mediados o finales de febrero. Las reuniones, que hasta ese momento habían mantenido en el más absoluto de los secretos, siempre en lugares diferentes y nunca demasiado numerosas, aumentaron su frecuencia y asistencia. Una de sus más arduas discusiones se refería al lugar donde debían asesinar a César. Unos proponían que se realizara mientras paseaba por la Vía Sacra; otros, cuando se dirigiera a presidir los comicios electorales, arrojándole desde el puente que debía atravesar; un tercer grupo proponía que fuera durante la celebración de los juegos de gladiadores, pues sería fácil camuflar las armas. Finalmente, se impuso la opinión de un cuarto grupo, que encontraba más fácil liquidarle durante una sesión senatorial.

¿Idealismo o privilegios de clase?

Pero, ¿qué pretendían los conspiradores ¿Cuáles eran sus proyectos una vez eliminado el dictador? Algunos han pretendido que en la conjura hubo idealismo, abnegación y honradez: los magnicidas enarbolaban con orgullo la bandera del restablecimiento de la República contra de los poderes dictatoriales de César y contra sus posibles aspiraciones monárquicas.

Pero esas virtudes cívicas no son tan claras para otros investigadores: si había idealismo, sin duda se trataba de un idealismo corrompido, exceptuando algún caso aislado, como el de Bruto. ¿Qué República era la que pretendían restaurar los conspiradores? ¿La de la *edad de oro* de Roma y la de las grandes conquistas? ¿O era la del poder asfixiante de la aristocracia, ejercito por medio del Senado? Para aquellos conjurados suponía recuperar los privilegios de clase que la continuada acción de los políticos, mal llamados populares, les había arrebatado.

No pretendían liberar al pueblo de un tirano, sino recuperar el poder que César les había arrebatado. César no era el paladín del pueblo ni el defensor de los intereses de las clases menos favorecidas. Al contrario, se apoyaba en ellas únicamente en busca de su propio beneficio, le eran necesarias para lograr sus fines y cuanto más las necesitaba, más las favorecía. El magnicidio sería, en definitiva, el enfrentamiento de la antigua nobleza –dominadora, hasta los inicios del siglo I a.C., de la vida política ro-

mana– con las nuevas clases sociales, sobre todo con la de los caballeros, en cuyas manos se concentraba gran parte de la vida económica de Roma y de todo el imperio.

En este punto es forzoso preguntarse ¿Cuál fue la postura de César ante la trama? ¿Realmente la conocía? ¿Ignoró conscientemente todas las advertencias que se le hicieron, incluso momentos antes de caer asesinado?

Existe una serie de comportamientos anómalos de César que suscitan dudas sobre su conocimiento de la trama, pero también existen explicaciones sencillas para justiciar su actuación. Aquel día, precisamente, prescindió de la escolta que habitualmente le acompañaba ¿No sería una forma de demostrar que nada temía, pues nada preparaba contra el pueblo? Por otro lado, quería evitar a toda costa la alarma y suspicacias que siempre suscitaba la presencia de hombres armados dentro de la ciudad.

El valor de la palabra

César confiaba en la promesa que le habían hecho los senadores de proteger su vida a toda costa y estaba firmemente convencido que todos eran conscientes de que su desaparición haría rebrotar las guerras civiles con mayor virulencia que en el pasado.

Por lo que se refiere a la enfermedad de César, que supuestamente le había restado ganas de vivir, es bien conocido que padecía epilepsia desde muy joven; menos claro es que la enfermedad se hubiera agravado, produciéndole ataques cada vez más frecuentes. Estos ataques irían, según algunos, acompañados de convulsiones enormemente dolorosas... Pero esto parece ir en contra del proceso habitual de la enfermedad, que aparece en la infancia o en la adolescencia y que, con el paso de los años, disminuye la frecuencia y el rigor de sus crisis. Apiano supone que para recuperar la salud –quizás, para cambiar de aires y ambiente y recuperar el ajetreo de la vida militar– proyectó la expedición contra getas y partos. Menos lógico parece que César, deprimido por los años y la enfermedad, conocedor de la trama que iba atentar contra su vida y decidido a dejarse matar, preparase una nueva campaña militar, para la cual había puesto en marcha ya al ejército.

Siniestros augurios

Sin duda, son inquietantes algunas actitudes de César y algunos avisos pretendidamente claros. La noche del 14 de marzo cenó en casa de Marco Lepido, su *magister equitum*, y en la tertulia hablaron sobre el tipo de muerte que deseaba cada uno de ellos. César fue tajante: "La que llegaba de improviso". Esa misma noche, Calpurnia, su mujer, soñó que era asesinado en su regazo y él mismo, que volaba por encima de las nubes en compañía de Júpiter.

Añadíanse a tales presagios los augurios del arúspice Espurninna, que le había prevenido sobre un grave peligro no más allá de *los idus de marzo*. Incluso ese mismo día se encontraron a la entrada del Senado y César le dijo: "Ya son *los idus de marzo* y no me ha ocurrido nada", a lo que el adivino contestó: "Sí, pero aún no han pasado".

Tanto sueños como predicciones podían ser fatuos reflejos del peligro que corría, pero –según Plutarco– hubo otras advertencias mucho más explícitas. La misma mañana del asesinato, a su llegada al complejo del Teatro de Pompeyo, el griego Artemidoro –que había estado a su servicio como tutor de Bruto– le entregó una nota con los detalles de la conjura, pero César, que era interrumpido constantemente por quienes le saludaban en su camino, no logró leerla.

César recibió una nota avisándole de la conjura, pero, interrumpido por quienes le saludaban en su camino, no tuvo ocasión de llegar de leerla

Cuando César penetró en la Curia de Pompeyo la mayoría de los senadores estaban ya al corriente de lo que iba a suceder e, incluso, alguno apremió a los conjurados para que acabaran cuanto antes. Los conspiradores tuvieron un sobresalto cuando vieron a Popilio –uno de los senadores que, al parecer, conocía la conjura– abordar a César a su llegada a la Curia... El espanto se apoderó de muchos y hablaron de matarse unos a otros antes que ser apresados. Marco Antonio, que supuestamente había recobrado el favor de César, se dejó alejar de allí con suma facilidad... tal vez también él estaba enterado de la trama y no deseaba mezclarse en lo que iba a ocurrir...

Busto de **Bruto**. Cuando César vio que estaba entre los conjurados, abandonó la resistencia, cubriéndose la cabeza con su toga.

La hora de la verdad

Tilo Cimbro era el encargado de iniciar la acción y así lo hizo arrojándose a los pies de César, con la excusa de solicitar indulgencia para su hermano, mientras, el resto de los implicados les rodeó. No todos los autores coinciden en el desarrollo de los hechos, pero lo cierto es que el primero en descargar su puñal fue Casca. Falló el golpe y Cesar rechazó la agresión, clavándole en un brazo el punzón que usaba para escribir. A continuación, todos los demás comenzaron a apuñalarle. César intentó defenderse hasta que vio que también Bruto estaba entre los atacantes y sintió que le apuñalaba en la ingle. En ese momento, según asegura la leyenda, exclamó: "Tu también, hijo mío". Pronunciara o no la frase, se abandonó a su suerte, cubriéndose la cabeza con la toga y procurando caer en la posición más decorosa posible.

El asesinato de César tuvo **diferentes versiones** artísticas en el siglo XIX (*LIA*, 1888).

Busto de **Octavio** en bronce, hacia 27 a.C. César había nombrado a su sobrino heredero cuando aún era muy joven para la tarea.

Las fuentes mencionan que cayó muerto junto a la base de la estatua de Pompeyo, donde permaneció durante horas, hasta que tres de sus sirvientes lo llevaron a casa en una camilla. Según el reconocimiento que hizo del cadáver el médico Antistio, César recibió 23 puñaladas, de las que solamente una era mortal de necesidad, la segunda, que le entró por un costado.

Abrumados por el magnicidio

Sólo dos de los senadores que le habían jurado fidelidad intentaron tímidamente defenderle. Los demás, participaron en el magnicidio o permanecieron en sus escaños, petrificados por el espanto. Cuando César quedó inmóvil, evidentemente muerto, todos se marcharon precipitadamente, incluidos los magnicidas, que huyeron aterrados.

A pesar del éxito inicial, la conjura fracasó rotundamente, pues los conspiradores pensaban que tras la muerte de César todo se arreglaría como por encantamiento y no habían previsto plan alguno. También se equivocaron al dejar con vida a Marco Antonio, quien, tras la incertidumbre inicial, que le hizo esconderse durante todo el día, reclamó la herencia política de César. Otro error de los asesinos fue abandonar el cuerpo al pie de la estatua de Pompeyo, en lugar de arrojarlo al Tíber, como habían planeado, proporcionando al pueblo la ocasión de rendir homenaje al difunto y alimentar la ira por el magnicidio. Entre los cabos que dejaron sueltos, estuvo su imprevisión sobre las consecuencias de declarar ilegal la actuación de César, pues eliminaron de un plumazo todos sus decretos, declarándose ilícitos a sí mismos e inválidos los repartos de tierras que había realizado el dictador, lo que provocó la indignación de los afectados. Los nombramientos que muchos de ellos habían recibido de manos de César también quedaron anulados...

El caos provocado por el asesinato se puso de manifiesto dos días después de *los idus de marzo*. Por un lado, Marco Antonio intentó cubrirse las espaldas aboliendo la institución de la dictadura; por otra, Cicerón, se declaraba partidario de la legitimidad de los decretos de César y exigía que sus funerales corrieran a cargo del estado.

Por lo dicho, parece que César desconocía los detalles de la conspiración que habían tramado Casio y Marco Bruto, a la que se habían incorporado entre 40 y 60 conspiradores más: todas sus disposiciones eran en aquel momento para la vida; ninguna para la muerte. No es descartable, sin embargo, que tuviera indicios sobre la conjura –es difícil que tantos cómplices guardasen un silencio hermético– pero, en ese caso, debió creer que era sólo una de las muchas que se habían tramado en Roma.

Su pretendido deseo de morir, ya insinuado por algunas fuentes antiguas, se contradice con sus preparativos militares y sus disposiciones testamentarias: había nombrado a su sobrino Octaviano como principal heredero, pero este era muy joven y César debía ser consciente de que aún no estaba preparado para asumir tan pesada y compleja carga, por lo que todavía no podía permitirse desaparecer de la escena política. Además, si conocía la trama y había decidido dejarse asesinar, ¿Porqué mantuvo a Marco Bruto como segundo heredero en su testamento?

Los intereses de clase, la envidia, el temor a que se declarase rey, el encumbramiento desmesurado, el descontento y la impopularidad crecientes del dictador, constituían motivos suficientes para que los conspiradores tomaran el puñal, sin que César necesitara inducirlo.

Por todo ello, la teoría del forense Garofano es sugerente, porque renueva la polémica sobre la muerte de César, pero, sin embargo, no aporta ningún dato firme que desmonte la teoría clásica. ■

José Mª. Blázquez
Javier Cabrero

PARA SABER MÁS

Cabrero, J., *Julio César*. Madrid, Dastin, (en prensa).
Canfora, L., *Julio César. Un dictador democrático*. Barcelona, Ariel, 2001.
Grant, M., *Julio César*, Barcelona, Bruguera, 1971.